

Hannah

Andrea Pallaoro. Italia, Francia, Bélgica. 2017. 95 min. Color. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *Hannah*.

Nacionalidad: Italia, Francia, Bélgica. **Año de producción:** 2017.

Dirección: Andrea Pallaoro.

Guión: Andrea Pallaoro, Orlando Tirado.

Producción: Partner Media Investment / Left Field Ventures / Good Fortune Films / To Be Continued / Lorand Entertainment / RAI / Radiotelevisione Italiana (RAI) / Lazio Film Commission / Solo Five Productions / TF1.

Productor: Clément Duboin, John Engel, Andrea Stucovitz.

Fotografía: Chayse Irvin.

Montaje: Paola Freddi.

Ayte. de dirección: Andrea Baroni, Tommaso Frangini, Laura Klein.

Música: Michelino Bisceglia.

Sonido: Alessandro Checcacci, Guilhem Donzel, Mauro Eusepi, Mirko Perri.

Director artístico: Jennifer Chabaudie.

Vestuario: Jackye Fauconnier.

Maquillaje: Véronique Dubray.

Decorados: Cristiana Possenti.

Intérpretes: Charlotte Rampling, André Wilms, Stéphanie Van Vye, Simon Bisschop, Jean-Michel Balthazar, Fatou Traoré, Luca Avallone.

Duración: 95 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

SINOPSIS

Retrato íntimo de una mujer, Hannah (Charlotte Rampling), que se tambalea entre la realidad y el rechazo tras quedarse sola después de que su marido sea encarcelado.

COMENTARIO

Un monstruo llamado sospecha

Los modos de narración del italiano Andrea Pallaoro en los primeros minutos, casi media hora, de Hannah son implacables. Elipsis en las partes del relato supuestamente más interesantes, eliminación casi total de los diálogos, y visualización minuciosa de los aparentes tiempos muertos: trayectos en metro o en coche, comidas en silencio, chapuzones en una piscina pública, desganados deseos de buenas noches en una pareja de ancianos, en la cama, con el sonido burocrático de la obligación, del que ya nada tiene que decirse. Modos implacables, y también rigurosos, exactos, excitantes, en una película de complicada digestión pero de frutos maduros, jugosos y trascendentes.

Hay alguien en la cárcel. Al principio no se sabe bien quién ni por qué. Y hasta el minuto 25 no llega la primera pista del guión, sutil pero definitiva en la narración, porque a partir de ese instante se abre un panorama nuevo y terrible, descorazonador e implacable, por irresoluble. Sin banda sonora musical, con planos muy hermosos pero nada grandilocuentes, y con la espectacular guía del rostro felizmente marchito de Charlotte Rampling, naturalísimo, tan bello como siempre, tan distinto del de su juventud, tan el mismo, la película de Pallaoro es una muestra más del género en el que se ha convertido la actriz británica, premio a la mejor interpretación en el Festival de Venecia de 2017, durante la última fase de su carrera: un retrato más de la dramática fuerza de una mujer en lucha con una sociedad que la ningunea, la desprecia o la rechaza.

Como no lo hace la película hasta bien tarde, nos guardaremos de ofrecer indicios de hacia dónde se dirige el relato de Pallaoro, también coguionista, pero digamos que tiene mucho que ver con temas candentes, con el papel que juega la mujer en una sociedad que acaba juzgando tanto o más que los profesionales de la judicatura, y en cómo se encaran desde el núcleo familiar las contaminantes desgracias y malevolencias de cualquiera de sus miembros. El retrato atroz de lo fuertes y largos que pueden ser los tentáculos de un monstruo llamado sospecha.

Por Javier Ocaña - 20 de mayo de 2018

https://elpais.com/cultura/2018/05/17/actualidad/1526566900_526412.html

Para los amantes del cine de cocción lenta y sabor austero.

He aquí una mujer aplastada por un fuera de campo narrativo. Algo que fota en el aire, un veneno, una sombra, que Hannah intenta llenar (como hacía la Jeanne Dielman del film de Chantal Akerman de 1975) con actos cotidianos, como si negar una maldición fuera suficiente para borrar sus efectos. El director Andrea Pallaoro dosifica con cuentagotas las pistas que nos pueden hacer entender lo que ha ocurrido con el marido de Hannah, al que vemos ingresar en prisión pocas horas después de su última cena doméstica, y lo que significa esa ignominia en la vida de su esposa, que no mueve ni una ceja a pesar de que el mundo parece darle la espalda abiertamente, como si fuera víctima de una conjura extranjera, que habla en otro idioma.

Así es la película, alienante: cada plano parece alejarnos más de una realidad concreta, en un extrañamiento que crece a perpetuidad, como si los mismos objetos que pueblan el apartamento de Hannah la estuvieran juzgando. Huelga decir que Hannah no existiría sin la sobriedad de Charlotte Rampling, sin ese rictus, entre estupefacto y controlado, que parece querer sacudirse de encima en cada escena, cada vez un poco más cerca de mostrarnos la verdad sobre sí misma. En una película de narrativa tan oblicua, con tantos vacíos que cubrir, su personaje podría resultar un vehículo inerte, un cadáver sin enigmas. Por el contrario, es ella la que aporta tensión a la puesta en escena, porque su austeridad expresiva nos hace intuir que cada mirada es significativa, y que cuando lleguen las lágrimas, sabremos lo que significa la soledad, un perro en huelga de hambre, un grito gutural, pero sin entrañas.

Sergi Sánchez - 09 de Abril de 2018

<https://www.fotogramas.es/peliculas-criticas/a19463302/hannah/>